

autor, se aleja, de día en día; de las regiones del pensamiento. Su filosofía, su «sistema», si un hombre como Unamuno pudiera tolerar un sistema—se afirma más que todo en la voluntad desesperada de vivir y de permanecer sobre la tierra. «La estúpida manía de pensar», que decía el escéptico no le preocupa gran cosa; lo desespera en cambio «la estúpida manía de ser».

Y para «ser», para afirmar su existencia vital, el autor se aferra a la vida con la tenacidad de un naufrago desesperanzado y que quiere aún mantener esperanzas. Esa es toda su tragedia, su agonía, como dice él. Sin fe religiosa, quiere crecer para permanecer, para no aceptar la terrible verdad que el raciocinio le impone, para tener la esperanza de la resurrección, sea de la carne de la oración católica, sea la del espíritu inmortal del deseo de los humanos. Pero su lógica, su pensamiento, le dice la verdad amarga: pasamos después del instante fugaz que es la vida a la sombra que ignoramos.

Contra esta posibilidad que el correr de los años y que el declinar de la vida va acercando en una realidad próxima, don Miguel, tozudo y genial, se subleva. Para permanecer en la carne, propende al matrimonio, y la unión prolífica de la pareja humana lo llena de goce. El ha empezado por dar el ejemplo. De su matrimonio ha tenido nueve hijos. Para no morir en el espíritu, ha laborado intensamente con su obra, y ésta lo defiende del olvido, de la muerte, de la nada.

Podemos afirmar, pues, que la

tragedia de don Miguel tiene un desenlace armonioso. Pero la agonía de su cristianismo, la lucha ya que el autor equipara la agonía a la lucha, es la indicada. El cristianismo, el catolicismo se muere a cada instante en don Miguel, no pecaríamos de atrevidos si afirmáramos que se ha muerto ya definitivamente hace muchos años, y sin embargo, lo desea, lo quiere, lo reclama. Y esa es la pelea, la lucha, la agonía para satisfacer al autor.

Esta tragedia espiritual en un hombre apasionado e inteligente se extiende a la tragedia de su patria, de sus compatriotas, de España. Y el conceptualismo verbalista de Unamuno, llevado en esta obra a los límites de don Baltasar Gracián en «El Discreto», y que a la larga fatiga no poco, sólo demuestra en sus páginas postreras a un hombre férreo ante el problema de la muerte y pasionalmente enamorado de su patria.—*Abel Valdés A.*

STALIN Y EL RÉGIMEN CAPITALISTA.

La iniciativa de un grupo de estudiosos al editar los «Cuadernos Internacionales» (1), ha merecido de nuestros mejores círculos un entusiasta apoyo. Si en nuestro país, ha causado sensación la aparición de estos pequeños folletos, cuyas tiradas se agotan rápidamente en otros países han hecho ya una labor de difusión cultural apreciable.

(1) Editorial «Problemas». — Santiago, 1931.

George Valois, los ha lanzado por millares en su patria, y el primer folleto que en la nuestra se publica está formado por un trabajo del ilustre economista francés.

Personalidad discutida y combatida con rabia por los grupos más diversos, Valois mantiene en la cultura europea una hermosa convicción y la realidad del mundo le da en estos momentos plenamente la razón. La convicción es que el régimen capitalista de producción de riquezas, no puede subsistir, porque ha fracasado. Esta frase, aparentemente tan sencilla, es la que mueve todas las agitaciones de importancia del mundo y su influencia se extiende hasta nuestro lejano y apático rincón patrio. Para mover un poco las ideas económicas que informan la mentalidad de los chilenos, acostumbrándolos a discernir por cuenta propia sobre problemas que han llegado ya a nuestro país—producción, consumo, repartición—estos folletos prestarán una utilidad inapreciable.

El número a que nos referimos contiene el trabajo de Valois que el autor puso de prólogo a la edición francesa del informe de Stalin al XVI Congreso del Partido Comunista Ruso. En él muestra en la forma más sencilla y más clara cómo la organización de la producción del régimen capitalista es errónea y como todo el problema económico de la actualidad se reduce a organizar en otra forma la producción de las riquezas. La organización dada por los soviets rusos puede ser una solución, puede discutirse, pero

no puede combatirse sin conocerla. Y para conocerla, y en esto estarán de acuerdo «izquierdistas» y «derechistas», es preciso conocerla. El trabajo de Valois es una incitación al conocimiento. Y no puede apreciarse una cultura en la hora actual, sin un conocimiento profundo del problema económico del mundo. El trabajo de conocimiento a que nos referimos es vasto y complejo y éstas son las mejores cualidades para emprenderlo. Los «Cuadernos Internacionales», por intermedio de sus autores técnicos, hará— en esta labor la mejor parte.—*Abel Valdés A.*

LA RACIONALIZACIÓN MARXISTA

Samuel Beracha, rumano, a los veintiséis años de edad, puede lucir una labor de estudios envidiable. Doctor en Ciencias Económicas en las Universidades de Praga, Bucarest, Londres y París ha explicado cursos como agregado en la Sorbona, a pesar de su nacionalidad extranjera. De una cultura completa y sólida, las ideas económicas modernas tienen en él su mejor y más entusiasta paladín.

Al referirse a la racionalización según las doctrinas marxistas, fija los conceptos de racionalización, según lo entiende el individualismo y según lo entiende el marxismo. La doctrina fundamental de la racionalización, ateniéndonos a los principios de Taylor, es la de evitar pérdidas en la industria. Para llegar a este resultado, los regímenes capitalistas y marxistas, recorren caminos diferentes y mientras uno